

# Guerras sin victoria: por qué la superioridad militar de EEUU no garantiza el éxito estratégico

## Guerras sem vitória: por que a superioridade militar dos EUA não garante seu sucesso estratégico

Rev. Bras. Est. Def. v. 13, e026015, 2026, p. 1–23  
ISSN 2358-3932

JORGE BATTAGLINO

### INTRODUCCIÓN

Existe una notable brecha entre el poder sin parangón de la maquinaria militar de los Estados Unidos y su limitada eficacia para alcanzar la victoria en los conflictos que ha librado en las últimas décadas (Biddle 2014; Brooks 2020; Davidson 2013; Nagl 2022). La frase “Estados Unidos ganó todas las batallas en Vietnam, pero perdió la guerra”, el “pantano de Irak” y la retirada de Afganistán para que finalmente los talibanes recuperaran el poder, revelan que la destrucción del aparato militar de un adversario no equivale a alcanzar los objetivos políticos que motivaron el despliegue de las fuerzas armadas (Barsuhn 2023; Haass 2009; Ricks 2007). El caso reciente del conflicto con Irán es un nuevo ejemplo de la subestimación de los aspectos no armamentistas de un conflicto. En este sentido, el curso cambiante, y por momentos contradictorio, de las operaciones y de los discursos de Trump evidenciaron operaciones militares que no parecían responder a una planificación orientada por objetivos factibles (Corradini 2026). Esta tendencia ha sido resumida del siguiente modo:

¿Por qué las fuerzas armadas no pueden ganar las guerras de Estados Unidos? Corea, Vietnam, Tormenta del Desierto, Operación Libertad Iraquí y Operación Libertad Duradera fueron guerras te-

---

**Jorge Battaglini** es doctor y magíster en Política Latinoamericana por la Universidad de Essex y Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires. Investigador Principal en el CONICET y profesor en la Universidad Torcuato Di Tella. Ha sido Rector de la Universidad de la Defensa Nacional y de la maestría y doctorado en Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella. Orcido.org/0000-0002-9399-7748. Correo electrónico: jlbattaglini@utdt.edu. Buenos Aires, Argentina.

restres, en las que el Ejército desempeñó un papel decisivo. Gracias a la Fuerza Aérea, el Cuerpo de Marines y la Armada, los soldados estadounidenses han disfrutado de supremacía desde la Segunda Guerra Mundial, pero incluso con esta ventaja, aún no han podido ganar (Nagl 2022).

La dificultad de la fuerza armada más poderosa del planeta para alcanzar los objetivos establecidos por el poder político, sugiere que existen variables no vinculadas al potencial bélico que son decisivas para el éxito o fracaso de una operación militar, entendido como la posibilidad de que se alcancen los objetivos políticos que motivaron el uso de la fuerza. (Atkins 2023; Biddle 2014; Davidson 2013; Feaver 2011; Ricks 2007).

Esta paradoja puede interpretarse como una brecha entre capacidades militares y resultados políticos: el poder material de Estados Unidos — expresado en su superioridad tecnológica y operativa — no se traduce automáticamente en victorias estratégicas. De este modo, la eficacia del uso de la fuerza no depende exclusivamente de los recursos militares disponibles sino, principalmente, de su adecuada articulación con objetivos políticos claros y viables. Este desajuste pone de relieve los límites de una concepción predominantemente armamentista de la defensa y los conflictos y subraya la importancia de su articulación con la dimensión política como un aspecto que incrementa la posibilidad de prevalecer en una guerra o de desarrollar una operación militar con mayor eficacia (Reiter y Stam 2002).

El objetivo principal del artículo es analizar los factores que inciden en los procesos de toma de decisión sobre el uso de la fuerza militar. En particular, se examina cómo variables organizacionales, culturales y formativas condicionan la interacción entre la conducción política y las Fuerzas Armadas, dificultando en muchos casos tanto la definición de objetivos políticos como su consecución por parte del instrumento militar. El caso que se analiza es el de EEUU dado que se trata del país con una participación constante en conflictos armados y en donde el acceso a fuentes primarias y secundarias permite un conocimiento más acabado de las variables principales y de cómo afectan la posibilidad de éxito de las operaciones militares.

El trabajo no busca explicar una guerra ni una administración presidencial; tampoco pretende comparar conflictos; busca identificar mecanismos desarrollados por la literatura especializada en estos temas. Estados Unidos se utiliza como caso paradigmático, dado que combina un valor extremo en la variable poder militar con una abundante disponibilidad de evidencia empírica.

Para analizar esta brecha entre capacidades militares y resultados políticos, el artículo organiza su argumento alrededor de tres dimensiones

analíticas que emergen de la literatura sobre relaciones civiles-militares y estudios estratégicos: la dimensión formativa, la cultural y la organizacional. La selección de estos ejes obedece a que permiten examinar los mecanismos a través de los cuales la interacción entre el liderazgo político y la conducción militar influye en la capacidad del poder militar para traducirse en resultados políticos.

En la dimensión formativa se aborda cómo los procesos de socialización profesional de los oficiales influyen sobre su comprensión del vínculo entre la esfera política y la conducción militar. En la cultural se examina cómo las diferencias entre las visiones civiles y militares sobre la naturaleza de la guerra, el uso de la fuerza y la noción de victoria pueden generar divergencias respecto a cómo alcanzar objetivos estratégicos. Finalmente, en la organizacional se analiza cómo los procedimientos, rutinas y estructuras institucionales de las fuerzas armadas condicionan las alternativas disponibles para los decisores políticos y militares.

Estos tres ejes no constituyen dimensiones independientes, sino mecanismos interrelacionados. La formativa contribuye a reproducir, en los espacios de socialización de militares, determinadas concepciones sobre la autonomía profesional y la relación con las autoridades civiles. Ello contribuye a reproducir una cultura profesional que moldea preferencias y percepciones; finalmente, las organizaciones transforman esas preferencias en opciones concretas de acción. En conjunto, estas dimensiones permiten explicar por qué una extraordinaria superioridad material no garantiza necesariamente la consecución de los objetivos políticos que motivan el empleo de la fuerza.

Este debate es especialmente relevante para América Latina por varias razones. Primero, porque los estudios sobre la interacción entre los niveles de conducción política y militar son escasos en la región, pero esenciales para el éxito de una operación militar ya sea en tiempos de paz o de conflicto. La literatura latinoamericana sobre relaciones civiles-militares se ha concentrado principalmente en el análisis del control civil, la autonomía militar y las transiciones democráticas. En cambio, con la excepción de algunos aportes — entre ellos los de Anzelini y Poczynok (2014) y Eissa (2022) —, ha dedicado escasa atención a los procesos de interacción entre las autoridades políticas y los mandos militares en la toma de decisiones relativas al empleo de la fuerza. Ello se debe a que la discusión sobre relaciones civiles-militares estuvo profundamente condicionada por la experiencia de los golpes de Estado y las transiciones democráticas. Así, la mayor parte del trabajo de investigación estuvo orientado a analizar la conducción política de la defensa, (Battaglini 2010; Diamint 1999; Pion Berlin 1997; 2008; Stepan 1988; Zaverucha 1994; 2000). Esta literatura ha

generado importantes avances para comprender la gobernanza democrática de la defensa, pero generalmente considera el empleo de la fuerza como una consecuencia del control civil, sin analizar detalladamente los procesos internos mediante los cuales se construyen las decisiones estratégicas.

Este artículo busca contribuir a reducir esa brecha incorporando al debate latinoamericano conceptos desarrollados en la literatura sobre liderazgo político y conducción militar. En particular, propone analizar cómo los tres aspectos mencionados condicionan la interacción entre autoridades políticas y militares durante los procesos de toma de decisiones sobre el empleo de la fuerza. De este modo, el trabajo desplaza el foco desde la pregunta tradicional acerca de quién y cómo se controla a las Fuerzas Armadas hacia otra complementaria: cómo interactúan civiles y militares para traducir los objetivos políticos en estrategias militares eficaces. En este sentido, el análisis de la experiencia de los EEUU puede resultar de interés dada la influencia que las fuerzas armadas de ese país ejercen en la región y el hecho de que importantes sectores de las fuerzas armadas y de la política latinoamericanas las toman como modelo.

Segundo, se trata de una región donde prevalece, en los ámbitos militar y de académicos dedicados a la defensa, un reduccionismo armamentista que tiende a limitar los debates sobre la defensa a la posesión de armamento. Aunque este aspecto es de suma importancia, la experiencia del caso revela con claridad que la posibilidad de prevalecer en un conflicto bélico se incrementa si también se consideran aspectos no estrictamente relacionados con el poder militar. En última instancia, se trata de resignificar la noción de poderío bélico al desplazar la pregunta tradicional de “cuánto poder militar tiene un Estado” hacia una más compleja y políticamente relevante: “cómo se transforma (o no) ese poder militar en resultados estratégicos”. Ese cambio de enfoque es precisamente lo que permite que el caso estadounidense tenga interés más allá de ese país.

Metodológicamente, el trabajo adopta un diseño de estudio de caso cualitativo centrado en Estados Unidos, seleccionado tanto por constituir un caso extremo de superioridad militar como por la abundancia de evidencia disponible. El análisis se apoya en una estrategia de revisión e integración de literatura especializada, combinando fuentes primarias — como documentos doctrinarios y publicaciones oficiales — con una amplia gama de fuentes secundarias provenientes de los estudios estratégicos, las relaciones civiles-militares y la historia militar, con el propósito de identificar los mecanismos causales que explican la persistente brecha entre las capacidades militares estadounidenses y la consecución de sus objetivos políticos. Es decir, el artículo busca explicar una paradoja (la brecha entre capacidad militar y resultados políticos) más que describir una secuencia histórica,

por ello se trata de estudio de caso explicativo orientado a identificar mecanismos causales mediante el diálogo con la literatura.

Las tres dimensiones desarrolladas en las secciones siguientes no deben interpretarse como factores que operan con igual intensidad en todos los procesos de toma de decisiones. Su influencia depende del contexto político, estratégico e institucional de cada intervención militar. En este sentido, el propósito del artículo no consiste en explicar un conflicto específico, sino en identificar mecanismos recurrentes señalados por la literatura especializada que, bajo determinadas condiciones, afectan la interacción entre conducción política y la militar. En consecuencia, los ejemplos utilizados tienen una función ilustrativa y no buscan establecer relaciones causales exclusivas para casos particulares.

El artículo se organiza en cuatro secciones principales. En primer lugar, se desarrolla el marco teórico sobre la relación entre liderazgo político y conducción militar, examinando los principales aportes de la literatura sobre relaciones civiles-militares y estudios estratégicos, con especial atención a los enfoques de Huntington, Cohen y Feaver. En segundo término, se analizan los factores que explican las dificultades de coordinación entre autoridades civiles y militares en los procesos de toma de decisiones sobre el empleo de la fuerza, identificando tres dimensiones centrales: los efectos de la formación profesional de los oficiales, las diferencias culturales entre el mundo de político y el militar y las rutinas organizacionales que estructuran el planeamiento militar. Las secciones siguientes profundizan cada uno de estos mecanismos, mostrando cómo condicionan la definición de objetivos políticos y la planificación de las operaciones militares.

## CONDUCCIÓN POLÍTICA Y ESTRATEGIA MILITAR

La literatura sobre la relación entre liderazgo político y conducción militar en los procesos de toma de decisión se ha concentrado en analizar las tensiones que emergen entre el nivel estratégico nacional — donde debería definirse de qué modo debe ser utilizada la fuerza militar para alcanzar determinados objetivos políticos — y el nivel estratégico militar — donde se planifican y ejecutan las operaciones de las fuerzas armadas para el cumplimiento de los objetivos. Esta reflexión se ha desarrollado principalmente en el campo de las relaciones civiles-militares y de los estudios estratégicos, y parte del supuesto de que la guerra es principalmente un fenómeno político y, como tal, es la política la que establece el alcance y limitaciones para el uso de la fuerza. En consecuencia, la conducción de los conflictos armados y de las operaciones militares en general, implican

necesariamente procesos de interacción y negociación que suelen generar conflictos entre autoridades civiles y militares.

Un punto de partida para este debate es la obra de Huntington, particularmente su libro *The Soldier and the State*, un clásico sobre relaciones civiles militares que, además, es ampliamente estudiado en las academias militares de EEUU. Huntington sostiene que la estabilidad de las relaciones civiles-militares en democracia depende de la implementación del *control civil objetivo* que supone un proceso decisorio con fronteras muy precisas entre los papeles que deben desempeñar las autoridades civiles y militares. Mientras los líderes civiles tienen la responsabilidad de definir los fines políticos de la guerra, los militares conservan una esfera de autonomía profesional en el ámbito operativo para alcanzarlos. Bajo este modelo, el conflicto surge cuando esas esferas son traspasadas, por ejemplo, cuando los políticos intervienen en la definición de la estrategia y táctica militares o cuando los militares buscan influir en la decisión política sobre la guerra (Huntington 1957).

La literatura posterior cuestionó la rigidez de esta división. En particular, algunos autores argumentan que la conducción efectiva de las operaciones militares requiere de una interacción constante entre líderes civiles y comandantes militares. Según Cohen (2002), por ejemplo, los dirigentes políticos deben involucrarse activamente en el debate estratégico, incluso cuestionando a los mandos militares, para asegurar que las operaciones permanezcan alineadas con los objetivos políticos. Desde esta perspectiva, la fricción entre civiles y militares no sería un problema, sino una característica inherente a los procesos de conducción político-estratégica durante un conflicto armado.

Otra línea influyente de investigación analiza estas relaciones desde la teoría de la delegación. En este enfoque, el liderazgo civil delega en las fuerzas armadas la implementación de la política de defensa, lo que genera problemas clásicos de control entre un *principal* y un *agente*. Feaver sostiene que los militares pueden cumplir con las preferencias civiles o desviarse de ellas, dependiendo de los mecanismos de supervisión política. Esta perspectiva permite conceptualizar los desacuerdos estratégicos como problemas de información, control y supervisión dentro de estructuras jerárquicas de decisión (Feaver 2003).

Otros trabajos enfatizan el papel de las organizaciones militares y sus culturas institucionales. Autores como Posen han mostrado que las preferencias estratégicas incorporadas en las doctrinas militares no responden únicamente a amenazas externas, sino también a dinámicas organizacionales. Las fuerzas armadas desarrollan doctrinas que reflejan tanto percepciones de amenaza como intereses organizativos, en particular,

aquellos relacionados con su mantenimiento o expansión. Estas culturas profesionales pueden generar fricciones con los líderes civiles cuando las prioridades militares no coinciden con los objetivos políticos del gobierno (Posen 1984).

Finalmente, diversos estudios empíricos sobre la toma de decisiones en conflictos armados o en situaciones de crisis, han analizado cómo estas tensiones afectan la formulación de la estrategia para el despliegue y uso de las fuerzas armadas. Investigaciones como las de Betts (1977) muestran que los desacuerdos entre civiles y militares pueden surgir por diferencias en la evaluación del riesgo, el uso de la fuerza o los objetivos del conflicto. En algunos casos, los líderes civiles favorecen opciones más arriesgadas por razones políticas, mientras que los militares priorizan criterios operacionales y de viabilidad estratégica.

En conjunto, esta literatura converge en la idea de que la conducción de la guerra es el resultado de una interacción compleja entre autoridades políticas y organizaciones militares. Las tensiones entre ambos niveles no son excepcionales, sino estructurales, y derivan de la divergencia civil militar en culturas, incentivos organizacionales y procesos formativos.

## DESCOORDINACIÓN POLÍTICO-MILITAR EN EL PROCESO DE TOMA DE DECISIONES

Las tensiones y problemas de coordinación entre civiles y militares en los procesos que conducen al empleo del poder militar suelen obedecer a tres factores principales: el tipo de formación que reciben los oficiales, las diferencias culturales entre civiles y militares y las rutinas organizacionales que estructuran el proceso de planeamiento militar. Estos aspectos no solo generan desacuerdos sobre la conveniencia de determinadas estrategias, sino que también afectan la forma en que las opciones militares son diseñadas y presentadas por los militares a los líderes políticos.

Cabe mencionar que estos tres factores están relacionados dado que la formación profesional moldea identidades y supuestos que contribuyen a delinear y consolidar una cultura organizacional que, a su vez, influye en los procesos de decisión y en las opciones estratégicas disponibles.

### La formación militar y el impacto del Soldado y el Estado

Diversos estudios recientes han sugerido que la dificultad de EEUU para traducir su superioridad militar en resultados políticos se relaciona con la forma en la que los oficiales han sido educados respecto a su relación con las autoridades civiles. En particular, la persistente influencia del

modelo de **control objetivo** propuesto por Huntington en el *Soldado y el Estado* ha generado debates sobre sus implicancias para la conducción de la guerra, el asesoramiento militar y el equilibrio entre autonomía profesional y supervisión política. Este libro no es uno más, sino es el que “ha ejercido la influencia más profunda y duradera en el sistema de formación militar de EEUU” (Feaver 1996, 158; Nielsen 2012). De manera sintética, este enfoque se resume en la idea de que “los civiles hacen política y los militares hacen la guerra” (Kaurin 2021, 51). Esta noción ha sido internalizada por generaciones de oficiales formados bajo dos supuestos fundamentales: una comprensión limitada de la dimensión política de la guerra y dificultades para vincular el desempeño operacional con la consecución de objetivos políticos (Atkins 2023).

El trabajo de Huntington parte de una premisa fundamental: los mundos militar y civil poseen valores culturales tan divergentes que el conflicto entre ambos constituye más la regla que la excepción. En consecuencia, el control civil más eficaz es aquel que reconozca esa diferencia y se ejerza respetando la autonomía militar, de este modo, los militares no tendrían razones para intervenir en la esfera de lo político. Autonomía por subordinación era la fórmula propuesta. Se configura así una suerte de división del trabajo: la política define los objetivos para el uso de la fuerza, mientras que los militares asumen el diseño y la responsabilidad de las operaciones para alcanzarlos. Este esquema cumple una doble función en la perspectiva huntingtoniana: no sólo favorece la subordinación militar — al delimitar una esfera de autonomía inmune a la intervención de los políticos — y de ese modo garantiza la estabilidad democrática; sino que también maximiza la eficacia de las Fuerzas Armadas, al alejarlas de la política y fomentar su concentración en los asuntos estrictamente profesionales (Huntington 1957; Feaver 1996; Nielsen 2012).

Para muchos oficiales, este modelo se vio reforzado por dos experiencias históricas contrastantes. Por un lado, el ejemplo negativo de la guerra de Vietnam, donde el presidente Johnson ejerció un control detallado de las operaciones militares, es decir, una intromisión en una esfera que no le correspondía desde la perspectiva militar. Por otro lado, el ejemplo positivo de la primera guerra del Golfo, donde el presidente Bush delegó en los mandos militares la conducción de las operaciones (Kitfield 1997).

La teoría de Huntington sobre distribución más deseable entre responsabilidad política y militar ha influido la manera en que los militares conciben su papel en el proceso de toma de decisión para el uso de la fuerza. Aunque Huntington reconocía que existía cierta superposición entre ambas esferas, en la práctica, *El Soldado y el Estado* ha sido interpretado como una teoría que propone una separación rígida entre política y asuntos mili-

tares. Como señalan Sarkesian y Connor (2006), ha contribuido a construir un muro entre el ámbito militar y el político. Cuando los oficiales alcanzan los puestos de conducción y participan de procesos de toma de decisión, llevan años siendo educados en la idea de que su función es concentrarse exclusivamente en el nivel de la estrategia y tácticas militares y en el oficio de proporcionar evaluaciones *libres de política* (Brooks 2020). Como resultado, la influencia del *Soldado y el Estado* ha contribuido a que el liderazgo militar descuide las implicancias políticas de los planes militares (Nielsen y Liebert 2021).

Esta división del trabajo civil-militar se fundamenta en una concepción que resalta la dificultad de los civiles para comprender la complejidad de una operación militar. Un ejemplo sobre este aspecto ocurrió durante la administración del presidente Clinton. El entonces asesor de seguridad nacional, Steinberg, fue inicialmente considerado “no calificado” por los altos mandos militares para acceder a determinados planes de guerra clasificados. Según Steinberg, algunos oficiales consideraban que la complejidad técnica de los mismos impedía su comprensión y, por lo tanto, no debía acceder a ellos para evitar que se tomarán decisiones equivocadas. Cuando finalmente fueron revisados el asesor observó que incluían movimientos de tropas en las etapas iniciales que podían ser interpretadas como provocaciones por el adversario y aumentar el riesgo de una escalada no buscada. Para los planificadores militares, sin embargo, no contar con esas capacidades desplegadas implicaba un riesgo inaceptable para el éxito de la operación (Davidson 2013).

Durante la década de 1990, esta lectura de Huntington era enseñada en las academias militares como una lección central de Vietnam: el fracaso fue una consecuencia de militares que fueron obligados a combatir *con una mano atada a la espalda* debido a las permanentes intervenciones de los políticos en áreas que desconocían y que eran de exclusiva responsabilidad militar. Sin embargo, otros autores han cuestionado esta interpretación (Gelb y Betts 2016).

La idea de un asesoramiento militar estrictamente técnico, separado de consideraciones políticas, ocupa un lugar central en *El Soldado y el Estado*. Sin embargo, en la práctica, esta separación resulta difícil de mantener si las operaciones militares pretenden alcanzar objetivos políticos previamente establecidos. Como señala Golby y Karlin (2017), intentar aislar el asesoramiento militar de su contexto político puede debilitar el proceso de toma de decisiones al desvincular el uso de la fuerza de su naturaleza inherentemente política. El despliegue de la fuerza militar solo es efectivo cuando se deriva de los objetivos que busca alcanzar. De lo contrario, puede degenerar rápidamente en violencia sin propósito político.

Cohen (2002), por ejemplo, argumenta que un enfoque más proactivo de la interacción civil- militar en estos procesos puede resultar en mejores resultados. En su modelo, los políticos respetan la experiencia operacional de los militares, pero el presidente, al poseer responsabilidades políticas más amplias, tiene la obligación de realizar una evaluación, y posible modificación de las opciones militares. Desde esta perspectiva, aquello que los militares consideran el plan adecuado para alcanzar una victoria puede ser evaluado por el liderazgo civil como riesgoso en función de objetivos más amplios de política doméstica o exterior, entre otros. El autor propone un proceso de diálogo donde los militares presentan el mejor asesoramiento posible, mientras que el presidente tiene la autoridad para cuestionarlo hasta alcanzar una comprensión mutua. En este diálogo desigual, los roles se encuentran claramente establecidos. Los militares, como profesionales de la guerra, deben proponer escenarios operacionales, así como estimaciones detalladas sobre recursos necesarios, plazos, bajas probables y posibles resultados. Los presidentes deben tomar la decisión final sobre el uso de la fuerza.

En este proceso de toma de decisión, el asesoramiento militar no debería incluir evaluaciones políticas más amplias, tales como si una misión se encuentra o no en el interés nacional o si contará con el apoyo de la opinión pública. Aun cuando no exista consenso, la decisión final siempre debería ser tomada por la máxima autoridad política. Sin duda, esta dinámica puede resultar en errores estratégicos significativos que lleven incluso a una derrota, pero es fundamental en términos de asignación de responsabilidades, ya que los presidentes son los funcionarios elegidos por el voto.

Esta interacción requiere de una precisión. La consideración o evaluación política de un planificador militar puede estar presente a la hora de planificar una operación. Sin embargo, lo que afecta el gobierno político de la defensa no es esa posibilidad sino la ponderación militar de una decisión política. Una anécdota relatada por Colin Powell ilustra este punto. Durante una reunión del Consejo de Seguridad Nacional previa a la guerra del Golfo, Powell — entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto— preguntó si realmente valía la pena ir a la guerra para liberar Kuwait. La reacción en la sala fue contundente: el secretario de Defensa Cheney le recordó que debía limitarse a asuntos estrictamente militares. Powell reconoció posteriormente que se había excedido en el rol que se esperaba de él (Powell 1995).

Las demandas de la política doméstica también son determinantes para un proceso eficaz de toma de decisiones. Uno de los problemas asociados es lo que algunos autores han denominado *ceguera estratégica*. El concepto de control objetivo implica que los civiles formulan los objetivos políticos sin considerar plenamente los medios militares necesarios para alcanzarlos, y luego transmiten esa formulación a los líderes militares para su ejecución.

Este esquema puede generar una desconexión entre medios y fines, ya que los objetivos políticos pueden resultar inalcanzables o excesivamente ambiciosos en relación con los recursos militares disponibles. Para el caso de Afganistán, por ejemplo, se sostiene que los objetivos definidos resultaban ambiciosos, que además cambiaron de manera constante y que en ocasiones entraron en conflicto con otros objetivos declarados (Cordesman 2022). Este problema se ve agravado cuando los recursos asignados resultan insuficientes para alcanzar metas ambiciosas, algo que en muchas ocasiones es el resultado de demandas de la política interna.

La teoría huntingtoniana también tienen implicancias para el ejercicio del control civil. Huntington propone el control objetivo con el propósito de dar una respuesta a un dilema central de las relaciones cívico-militares de su época: cómo garantizar la supremacía civil sin debilitar la eficacia militar para la guerra. Esta preocupación era central para los especialistas en relaciones civiles durante la Guerra Fría, es decir, como garantizar la supervivencia de Estados Unidos sin poner en riesgo su democracia. Para alcanzar un equilibrio entre seguridad y democracia Huntington propuso una clara división de tareas entre políticos y militares. Los civiles decidirían cuándo y por qué utilizar la fuerza, mientras que los militares planificarían y ejecutarían las operaciones necesarias para alcanzar esos objetivos (Huntington 1957).

Sin embargo, esta división puede afectar el control civil ya que el énfasis en el mantenimiento de un área de autonomía profesional puede fomentar una aversión militar a la supervisión civil sobre las operaciones. Asimismo, el énfasis en la separación de esferas puede conducir a que los militares desarrollen una visión negativa de la política.

Las tensiones entre autonomía militar y control civil se hicieron particularmente visibles durante la primera presidencia de Trump. En varios casos, el presidente adoptó una interpretación del modelo huntingtoniano que llevó a delegar amplios niveles de autoridad en los mandos militares para conducir las operaciones. Trump afirmó en repetidas ocasiones que estaba dejando que las fuerzas armadas *hicieran su trabajo*. Esto implicó una mayor autonomía para los comandantes en operaciones militares en Afganistán, Somalia y Yemen, incluyendo reglas de empeñamiento más flexibles y mayor discrecionalidad para autorizar bombardeos, incursiones y ataques con drones (Golby 2021; Joyner 2021).

Las implicancias para el control civil son importantes, no sólo porque se disminuye la capacidad de la opinión pública y del sistema político para exigir rendición de cuentas, sino también, porque aumenta el riesgo de que las operaciones militares respondan principalmente a las preferencias de los comandantes en el terreno.

## Culturas divergentes sobre el uso de la fuerza

Desde una perspectiva cultural, las tensiones en las relaciones civiles-militares derivan de la distancia entre los valores, las creencias y las prácticas que estructuran los mundos civil y militar, generando fricciones recurrentes en la conducción política de la institución militar. En particular, los procesos de formación y socialización dentro de las fuerzas armadas tienden a difundir una visión particular sobre cómo debe emplearse la fuerza, qué condiciones permiten alcanzar la victoria y qué constituye un resultado militar aceptable. Por el contrario, en el mundo de la política se evalúan las intervenciones militares en función de consideraciones más amplias, tales como los costos domésticos, la viabilidad diplomática o el impacto en la opinión pública. Cuando estas perspectivas interactúan en el proceso de toma de decisión, emergen tensiones que afectan tanto la definición de objetivos como la formulación de estrategias y, en muchos casos, ello conduce a un empleo del poder militar que está condenado al fracaso de antemano (Baritz 1985; Brooks 2023; Burke 1991; Davidson 2010; Travis 2023)

El resultado de estas predisposiciones culturales es una brecha sistémica entre las preferencias de los líderes civiles y las recomendaciones militares. Mientras los presidentes suelen buscar intervenciones limitadas que minimicen los costos políticos, los mandos militares tienden a favorecer despliegues contundentes que maximicen las probabilidades de éxito de la operación. Esta divergencia genera fricciones en el proceso decisorio y, en algunos casos, conduce a la presentación de un conjunto muy reducido de opciones por parte de los líderes militares (Brooks y Erickson 2022; Davidson 2013; Golby y Karlin 2017).

En general, los presidentes tienen objetivos más limitados que requieren menor cantidad de tropas y no comprenden por qué los militares no pueden ofrecer escenarios de uso del poder más acotados. Desde la perspectiva de un presidente o un ministro de defensa, los despliegues con menor cantidad de efectivos son los más deseables porque producen menor cantidad de bajas, reducen los conflictos políticos con el Congreso sobre la autorización del uso de la fuerza y minimizan el costo presupuestario (Davidson 2013). Por estos motivos, los funcionarios civiles no logran comprender las razones que motivan a los altos mandos a insistir en desplegar una presencia militar amplia y políticamente riesgosa para cumplir con una misión determinada.

Por el contrario, desde la perspectiva militar las intervenciones con fuerzas reducidas suelen ser consideradas una receta para el fracaso operativo. Para un militar, términos como *operación limitada* o *intervención quirúrgica*

*gica* implican riesgos considerables porque el despliegue de un contingente reducido no necesariamente reduce las bajas, ya que una vez en el terreno las tropas se convierten de inmediato en un objetivo para sus adversarios. Por este motivo, el empleo de una fuerza masiva permite garantizar mejores y más rápidos resultados en el corto plazo (Davidson 2013; Petraeus 1989, Woodward 2004; 2010).

Los estudios clásicos sobre política exterior estadounidense muestran claramente este tipo de fricciones. El análisis de Allison sobre la crisis de los misiles en Cuba revela los permanentes desacuerdos que surgieron entre el presidente Kennedy y los altos mandos militares dentro del Consejo de Seguridad Nacional respecto a las alternativas para responder al despliegue de misiles nucleares soviéticos en la isla. La perspectiva de los jefes militares, que proponían un bombardeo masivo de las instalaciones de misiles, estuvo cerca de imponerse en el debate, hasta que emergió la alternativa más limitada y de carácter político que proponía un bloqueo naval (Allison 1988). Esta discusión pone en evidencia cómo civiles y militares evaluaban de manera diferente los riesgos y las consecuencias políticas de cada opción. Tensiones similares surgieron durante la guerra de Vietnam, cuando el presidente Johnson y sus asesores civiles resistieron los pedidos del general Westmoreland para aumentar el número de tropas. Mientras el enfoque militar respondía a un cálculo estrictamente operacional, el liderazgo político lo evaluaba en función de sus costos internos e internacionales, lo que derivó en desacuerdos persistentes sobre la conducción del conflicto (Burke y Greenstein 1991).

Un ejemplo más reciente es el de la deliberación estratégica durante la presidencia de Obama durante la guerra en Afganistán. El estancamiento del conflicto llevó al entonces presidente a solicitar recomendaciones a los mandos militares para modificar ese escenario. Sin embargo, estos presentaron esencialmente una única alternativa: el despliegue de 40.000 efectivos adicionales con el fin de implementar una estrategia integral de contrainsurgencia. Obama, frustrado por lo que consideraba una falta de flexibilidad por parte de los militares, solicitó opciones intermedias o escalables que permitieran ajustar gradualmente el nivel de despliegue. No obstante, el jefe del Estado Mayor Conjunto insistió en que una estrategia de menor escala sería operacionalmente inviable y, en última instancia, condenada al fracaso (Barsuhn 2023; Malkasian 2021; Woodward 2010).

Desde la perspectiva militar, los despliegues limitados presentan un talón de Aquiles temporal.

Una de las conclusiones centrales que las fuerzas armadas estadounidenses extrajeron de la guerra de Vietnam fue que el apoyo público disminuía drásticamente a medida que se prolongaba el conflicto. Como resulta-

do, se consolidó la creencia militar de que las intervenciones rápidas, con objetivos claros y con el empleo de una fuerza abrumadora no sólo garantizan apoyo del público, sino también eran las que tenían mayor probabilidad de ser exitosas (Petraeus 1989).

Esta visión fue luego institucionalizada en la denominada doctrina Powell, que establecía que la fuerza debía ser utilizada sólo si se cumplían ciertas condiciones: ser un último recurso, contar con objetivos claramente definidos y disponer de una estrategia de salida. Además, debía emplearse de manera contundente para asegurar una victoria rápida y decisiva. En términos generales, esta doctrina buscaba evitar que las fuerzas armadas volvieran a enfrentar conflictos prolongados en los que no pudieran emplear la ventaja militar en los términos que consideraban adecuados (Halberstam 2001).

Podría afirmarse que la doctrina representó un avance de las preferencias militares sobre las civiles, en la medida en que incorporó aprendizajes institucionales posteriores a Vietnam. En este contexto, los militares internalizaron la idea de que los políticos habían impuesto objetivos ambiguos y restricciones graduales al uso de la fuerza impidiendo alcanzar la victoria. Además, la doctrina buscaba evitar la *guerra limitada* o incremental, definida por los militares como *típica de decisiones de los políticos*, privilegiando en cambio una lógica operacional clara y contundente. En este sentido, puede pensarse que la doctrina Doctrina Powell tendía a condicionar a los líderes civiles a emplear la fuerza sólo cuando se cumplieran los requisitos definidos por los militares. No obstante, dicha doctrina no suprime el control civil, ya que las autoridades políticas siguen conservando plena autoridad para decidir cuándo debe utilizarse la fuerza. En el fondo, puede interpretarse como una traducción militar de lecciones políticas, en la medida en que evitar un nuevo Vietnam constituía también un objetivo central de los políticos. Desde esta perspectiva, la doctrina puede analizarse como la expresión de un nuevo equilibrio en las relaciones civiles-militares, en el que los militares aceptan la supremacía civil, pero establecen condiciones operativas respecto de cómo debe emplearse la fuerza.

### Rutinas organizacionales y limitaciones del planeamiento militar

El uso de la fuerza es el resultado de un planeamiento militar previo de alta complejidad, producto de procesos prolongados que han sido institucionalizados en rutinas organizacionales. Este paradigma fue resumido en el clásico modelo organizacional de Allison que sostiene que las decisiones gubernamentales no son simplemente el resultado de elecciones racionales

de los líderes políticos, sino una consecuencia de procesos organizacionales basados en procedimientos operativos estandarizados (Allison 1988). Desde esta perspectiva, la conducta de los actores que participan en un proceso decisorio tiende a estar condicionada por las normas, prácticas y restricciones de las organizaciones a las que pertenecen.

En el caso del uso de la fuerza, estas rutinas organizacionales se reflejan en procedimientos formales de planificación estratégico operativa. Para que un plan militar sea considerado viable desde el punto de vista logístico y operacional, debe ser desarrollado con un nivel muy alto de detalle. En el caso de EEUU esto se lleva a cabo mediante la elaboración de esquemas de despliegue de fuerzas conocidos como Time-Phased Force Deployment Data (TPFDD). Los TPFDD son una herramienta central de planificación dentro de la doctrina logística y operativa, que especifican con precisión la secuencia de movimientos hacia el teatro de operaciones de todos los recursos militares necesarios, desde aeronaves hasta unidades terrestres (Brooks y Erickson 2022). La elaboración de estos planes requiere de la participación de numerosos planificadores del Departamento de Defensa, quienes utilizan modelos y realizan múltiples reuniones durante períodos que pueden extenderse por varios meses. Este proceso está diseñado bajo el supuesto de que existe tiempo suficiente para analizar el problema, desarrollar distintas opciones, evaluarlas y revisarlas a través de un proceso iterativo entre autoridades civiles y militares (Brooks y Erickson 2022).

Sin embargo, esta dinámica suele entrar en tensión con el proceso real de la toma de decisiones. Los presidentes frecuentemente enfrentan crisis inesperadas que requieren respuestas rápidas y no disponen del tiempo necesario para completar ciclos extensos de planificación militar. Como resultado, el proceso organizacional tiende a producir opciones altamente desarrolladas, pero poco flexibles, lo que limita su capacidad de adaptación a las cambiantes demandas del contexto político. Es decir, los planes son fundamentales para estructurar las acciones de las fuerzas armadas, pero, al mismo tiempo, tienden a limitar su adaptabilidad frente a contextos cambiantes.

Desde la perspectiva militar, otra fuente organizacional de fricción radica en las expectativas divergentes sobre la orientación estratégica que deben proporcionar los líderes políticos. Los planificadores militares suelen requerir directrices sobre los objetivos políticos antes de comenzar el proceso de planificación. Esta expectativa se encuentra institucionalizada en la doctrina militar estadounidense que establece que el planeamiento debe partir de una orientación estratégica clara que defina qué constituye el éxito y qué recursos estarán disponibles para alcanzarlo (Department

of Defense 2011). Sin embargo, los líderes civiles rara vez están en condiciones de proporcionar ese nivel de detalle al inicio de una crisis, es decir, los objetivos políticos difícilmente puedan definirse al inicio de un conflicto. Los líderes suelen pedir primero opciones estratégicas y posteriormente definir los objetivos, mientras que la institución militar está estructurada para operar en el sentido contrario (Hooker et al. 2015). Este desajuste genera un problema secuencial de difícil resolución en el proceso de planificación: los militares esperan ordenes detalladas para elaborar planes, mientras que los civiles esperan planes preliminares para poder definir sus objetivos políticos.

Con el objetivo de administrar estas tensiones, el Departamento de Defensa de EEUU incorporó el llamado *proceso de planificación adaptativa*, cuyo objetivo es mejorar el diálogo civil-militar gracias a la presentación de opciones preliminares en distintas etapas del proceso de planificación. Este mecanismo permite que el liderazgo civil comprenda mejor las implicancias operacionales de cada escenario y ajusten los objetivos políticos a medida que avanza el proceso (Davidson 2013).

No obstante, incluso con estas mejoras institucionales, persisten tensiones significativas asociadas a las dificultades para resolver las tensiones que emergen de rutinas organizacionales poco flexibles y un proceso político cuya temporalidad es difícil de prever.

Mientras que los equipos de planificación militar son formados bajo el supuesto de que recibirán orientaciones estratégicas muy detalladas; un presidente puede frustrarse al descubrir que los militares esperan que sea él quien defina objetivos y medios sin haber recibido previamente un abanico de opciones factibles o información detallada sobre los escenarios de empleo del poder militar y los costos humanos y presupuestarios de cada uno de ellos. En este contexto, la toma de decisiones puede llevar a adoptar enfoques minimalistas de despliegue de fuerza pensados para minimizar costos.

Muchas de estas tensiones podrían gestionarse de manera eficiente mediante un diálogo civil-militar iterativo en el marco de un proceso de planificación adaptativa, siempre que exista suficiente tiempo para desarrollar esa interacción. Como señalan algunos autores, durante la intervención en Libia o en operaciones puntuales en Sudán, los integrantes del Consejo de Seguridad Nacional anticiparon la posibilidad de un conflicto y solicitaron con antelación la elaboración de opciones militares para el presidente (Brooks y Erickson 2022). Sin embargo, la descoordinación entre rutinas organizacionales rígidas de las Fuerzas Armadas y crisis imprevistas, o de evolución incierta, continúa siendo un problema persistente y de difícil resolución en los procesos de toma de decisión para el empleo de la fuerza militar.

## CONCLUSIONES

Lejos de demostrar la irrelevancia del poder militar, el caso de Estados Unidos evidencia que este solo resulta eficaz cuando forma parte de una estrategia política coherente que orienta y articula su empleo.

La lógica del esencialismo armamentista tiende a reducir el poder militar a una dimensión estrictamente material centrada en la posesión de armamento, dejando de lado los múltiples factores que condicionan su eficacia real. La experiencia reciente de la principal potencia militar demuestra, sin embargo, que la superioridad tecnológica y material no garantiza por sí misma resultados exitosos. La efectividad de una operación militar, tanto en tiempos de paz como de guerra, depende de un entramado complejo de variables políticas, estratégicas, organizacionales y sociales que intervienen en la decisión y en la implementación del uso de la fuerza.

La eficacia de una operación militar, tanto en tiempos de paz como de conflicto, depende menos de la mera acumulación de capacidades materiales que de la capacidad de articular el conocimiento militar con el juicio político. Como advirtió Clausewitz, *la guerra constituye la continuación de la política por otros medios*, por lo que separar rígidamente ambas esferas debilita la coherencia entre los medios empleados y los fines perseguidos. La naturaleza incierta y dinámica de la guerra —atravesada por la fricción, la adaptación del adversario y las consecuencias imprevistas de la acción— impide que incluso los planes militares mejor diseñados permanezcan inalterados frente a la realidad de la política o de un adversario. De allí que el asesoramiento militar no pueda concebirse como una instancia aislada o puramente técnica, sino como parte de un diálogo permanente entre civiles y militares, en el que objetivos, restricciones y condiciones políticas se redefinen y ajustan de manera continua.

Todo ello posee, además, una dimensión eminentemente institucional. El desafío consiste en construir mecanismos adecuados que fortalezcan la interacción entre la conducción política y la militar, favoreciendo procesos de decisión más coherentes y eficaces. En este sentido, resulta fundamental que las fuerzas armadas de la región—que mantienen vínculos permanentes de cooperación e intercambio con las de Estados Unidos— reconozcan las limitaciones de modelos que privilegian exclusivamente la dimensión técnica o material del poder militar. De lo contrario, podrían enfrentarse a un escenario particularmente problemático caracterizado por un doble déficit: por un lado, carencias en materia de equipamiento y capacidades militares; por otro, debilidades en el diseño institucional de los procesos de toma de decisiones. Este último aspecto resulta decisivo, ya que los persistentes déficits de equipamiento que históricamente han afectado a las fuer-

zas armadas de la región no deberían verse agravados por esquemas deficientes de articulación entre la conducción política y los mandos militares.

## BIBLIOGRAFÍA

Allison, Graham. 1988. *La esencia de la decisión. Análisis explicativo de la crisis de los misiles en Cuba*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Anzelini, Luciano and Iván Poczynok. 2014. "El planeamiento estratégico militar en la Argentina (2003-2013): reflexiones en torno al gobierno político de la defensa". *Austral: Revista Brasileira de Estratégia & Relações Internacionais* 3, no. 6: 143-67.

Atkins, William. 2023. "Who Lost Afghanistan? Samuel Huntington and the Decline of Strategic Thinking." *Armed Forces & Society* 49, no. 4: 965-81. doi.org/10.1177/0095327X221116129.

Baritz, Loren. 1985. *Backfire: A History of How American Culture Led Us into Vietnam and Made Us Fight the Way We Did*. New York: William Morrow and Company.

Barsuhn, Adam. 2023. "We Don't Negotiate with Terrorists — Afghanistan, Bargaining, and American Civil-Military Relations." *Armed Forces & Society* 49, no. 4: 953-64. doi.org/10.1177/0095327X221077299.

Battaglini, Jorge. 2010. "La política militar de Alfonsín: la implementación del control civil en un contexto desfavorable". In *Discutir Alfonsín*, editado por María Victoria Murillo. Buenos Aires: Siglo XXI.

Betts, Richard K. 1977. *Soldiers, Statesmen, and Cold War Crises*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Biddle, Tami Davis. 2014. "Considering Why We Lost." *Parameters* 44: 7-10. doi.org/10.55540/0031-1723.2965.

Brooks, Rosa. 2020. "Paradoxes of Professionalism: Rethinking Civil-Military Relations in the United States." *International Security* 44, no. 4: 7-44. doi.org/10.1162/isec\_a\_00374.

Brooks, Rosa. 2023. "The Best They Could Do? Assessing U.S. Military Effectiveness in the Afghanistan War." *Armed Forces & Society* 49, no. 4: 913-22. doi.org/10.1177/0095327X221116876.

Brooks, Rosa, and Paul M. Erickson. 2022. "The Sources of Military Dissent: Why and How the US Military Contests Civilian Decisions about the Use of

Force.” *European Journal of International Security* 7, no. 1: 38–57. doi.org/10.1017/eis.2021.34.

Brooks, Rosa, Jim Golby, and Heidi Urben. 2021. “Crisis of Command: America’s Broken Civil-Military Relationship Imperils National Security.” *Foreign Affairs* 100, no. 3.

Burke, John P., and Fred I. Greenstein. 1991. *How Presidents Test Reality: Decisions on Vietnam 1954 and 1965*. New York: Russell Sage Foundation.

Cohen, Eliot. 2002. *Supreme Command: Soldiers, Statesmen, and Leadership in Wartime*. New York: Free Press.

Cordesman, Anthony H. 2022. *The Lessons of the Afghan War That No One Will Want to Learn*. Washington, DC: Center for Strategic and International Studies. www.jstor.org/stable/resrep41879.

Corradini, Luisa. 2026. “Es uno de los mayores teóricos sobre las guerras justas del mundo y critica el ataque a Irán: ‘No tiene un fin claro y eso la hace incorrecta’”. *La Nación* (March). www.lanacion.com.ar/el-mundo/es-uno-de-los-mayores-teoricos-sobre-las-guerras-justas-del-mundo-y-critica-el-ataque-a-iran-no-nid27032026/.

Davidson, Janine. 2010. *Lifting the Fog of Peace: How Americans Learned to Fight Modern War*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Davidson, Janine. 2013. “Civil-Military Friction and Presidential Decision Making: Explaining the Broken Dialogue.” *Presidential Studies Quarterly* 43, no. 1: 129–45. doi.org/10.1111/psq.12006.

Department of Defense. 2011. *Joint Publication 5-0: Joint Operation Planning*. Washington, DC: Department of Defense. www.dtic.mil/doctrine/new\_pubs/jp5\_0.pdf.

Diamint, Rut. 1999. *Control civil y Fuerzas Armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Nuevo Hacer.

Eissa, Sergio (Ed.). 2022. *Planeamiento de la Defensa Nacional: La experiencia argentina (2007-2013)*. Buenos Aires: Universidad de la Defensa Nacional.

Feaver, Peter D. 1996. “The Civil-Military Problematique: Huntington, Janowitz, and the Question of Civilian Control.” *Armed Forces & Society* 23, no. 2: 149–78. doi.org/10.1177/0095327X9602300203.

Feaver, Peter D. 2003. *Armed Servants: Agency, Oversight, and Civil-Military Relations*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Feaver, Peter D. 2011. "The Right to Be Right: Civil-Military Relations and the Iraq Surge Decision." *International Security* 35, no. 4: 87–125.

Gates, Robert M. 2021. "We Cannot Afford to Turn Our Backs on Afghanistan." *The New York Times* (June). [www.nytimes.com/2021/06/13/opinion/robert-gates-afghanistan-withdrawal.html](http://www.nytimes.com/2021/06/13/opinion/robert-gates-afghanistan-withdrawal.html).

Gelb, Leslie H. and Richard K. Betts. 2016. *The Irony of Vietnam: The System Worked*. Washington, DC: Brookings Institution Press.

Golby, Jim. 2021. "Uncivil–Military Relations: Politicization of the Military in the Trump Era." *Strategic Studies Quarterly* 15, no. 2: 147–74. [www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/](http://www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/).

Golby, Jim and Mara Karlin. 2017. "Why 'Best Military Advice' Is Bad for the Military—and Worse for Civilians." *Orbis* 62, no. 1. doi.org/10.1016/j.orbis.2017.11.010.

Haass, Richard N. 2009. *War of Necessity, War of Choice: A Memoir of Two Iraq Wars*. New York: Simon & Schuster.

Halberstam, David. 2001. *War in a Time of Peace: Bush, Clinton, and the Generals*. New York: Scribner.

Hooker, Richard D., Jr., Joseph J. Collins, Alexis Crowther, T. X. Hammes, Frank G. Hoffman, Christopher J. Lamb, C. Luehrs, Nicholas Rostow, and Shane Thannhauser. 2015. *Lessons Encountered: Learning from the Long War*. Washington, DC: National Defense University Press. [digitalcommons.ndu.edu/books-and-book-chapters/10](http://digitalcommons.ndu.edu/books-and-book-chapters/10).

Huntington, Samuel P. 1957. *The Soldier and the State: The Theory and Practice of Civil-Military Relations*. Cambridge, MA: Belknap Press.

Janowitz, Morris. 1960. *The Professional Soldier: A Social and Political Portrait*. New York: Free Press.

Joyner, James. 2021. "Trump's Generals: Natural Experiment in Civil–Military Relations." *Strategic Studies Quarterly* 15, no. 2: 129–48. [www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/](http://www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/).

Kaurin, Pauline Shanks. 2021. "An 'Unprincipled Principal': Implications for Civil-Military Relations." *Strategic Studies Quarterly* 15, no. 2: 50–68. [www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/](http://www.airuniversity.af.edu/SSQ/Display/Article/2634685/volume-15-issue-2-summer-2021/).

Kitfield, James. 1997. *Prodigal Soldiers: How the Generation of Officers Born of Vietnam Revolutionized the American Style of War*. Washington, DC: Brassey's.

Malkasian, Carter. 2021. *The American War in Afghanistan: A History*. New York: Oxford University Press.

Nagl, John A. 2022. "Why America's Army Can't Win America's Wars." *Parameters* 52, no. 3. [doi.org/10.55540/0031-1723.3164](https://doi.org/10.55540/0031-1723.3164).

Nielsen, Suzanne C. 2012. "American Civil-Military Relations Today: The Continuing Relevance of Samuel P. Huntington's *The Soldier and the State*." *International Affairs* 88, no. 2: 369–76. [doi.org/10.1111/j.1468-2346.2012.01076.x](https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2012.01076.x).

Nielsen, Suzanne C. and Hugh Liebert. 2021. "The Continuing Relevance of Morris Janowitz's *The Professional Soldier* for the Education of Officers." *Armed Forces & Society* 47, no. 4: 732–49. [doi.org/10.1177/0095327X20960480](https://doi.org/10.1177/0095327X20960480).

Panetta, Leon E. and Jim Newton. 2014. *Worthy Fights: A Memoir of Leadership in War and Peace*. New York: Penguin Press.

Petraeus, David H. 1989. "Military Influence and the Post-Vietnam Use of Force." *Armed Forces & Society* 15, no. 4: 489–505. [doi.org/10.1177/0095327X8901500402](https://doi.org/10.1177/0095327X8901500402).

Pion Berlin, David. 2008. "Defense Organization and Civil Military Relations in Latin America." *Armed Forces & Society* 35, no. 3: 562–86. [doi.org/10.1177/0095327X08322565](https://doi.org/10.1177/0095327X08322565).

Pion Berlin, David. 1997. *Through Corridors of Power: Institutions and Civil-Military Relations in Argentina*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

Posen, Barry R. 1984. *The Sources of Military Doctrine: France, Britain, and Germany between the World Wars*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Powell, Colin L. 1995. *My American Journey*. New York: Random House.

Reiter, Dan, and Allan C. Stam. 2002. *Democracies at War*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Ricks, Thomas E. 2007. *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq, 2003 to 2005*. New York: Penguin Books.

Sarkesian, Sam C., and Robert Connor. 2006. *The U.S. Military Profession into the 21st Century: War, Peace and Politics*. 1st ed. New York: Routledge.

Stepan, Alfred. 1998. *Repesando a los militares en política. Cono Sur: un análisis comparado*. Buenos Aires: Planeta.

Travis, Donald S. 2023. "Why the U.S. Military Lost Afghanistan." *Armed Forces & Society* 49, no. 4: 939–52. doi.org/10.1177/0095327X221100584.

Woodward, Bob. 2004. *Plan of Attack: The Definitive Account of the Decision to Invade Iraq*. New York: Simon & Schuster.

Woodward, Bob. 2010. *Obama's Wars*. New York: Simon & Schuster.

Zaverucha, Jorge. 1994. *Rumor de sabres: Tutela militar ou controle civil?*. São Paulo: Editora Ática.

Zaverucha, Jorge. 2000. *Frágil democracia. Collor, Itamar, FHC e os militares (1990-1998)*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

## GUERRAS SIN VICTORIA: POR QUÉ LA SUPERIORIDAD MILITAR DE EEUU NO GARANTIZA EL ÉXITO ESTRATÉGICO

### RESUMEN

El desempeño militar de Estados Unidos en las últimas décadas evidencia una paradoja entre su extraordinaria capacidad bélica y su limitada eficacia para alcanzar victorias estratégicas. Aunque sus fuerzas armadas han demostrado una superioridad militar sin precedentes, conflictos como Vietnam, Irak, Afganistán e Irán, muestran que el dominio militar no garantiza el cumplimiento de los objetivos políticos que motivan el uso de la fuerza. El trabajo sostiene que esta brecha entre capacidades militares y resultados políticos responde a variables que exceden el potencial armamentista. El artículo examina cómo variables organizacionales, culturales y formativas condicionan la interacción entre la conducción política y las Fuerzas Armadas, dificultando tanto la definición de objetivos políticos como su consecución por parte del instrumento militar. El caso que se analiza es el de EEUU tanto por su constante participación en conflictos armados, como por la disponibilidad de fuentes primarias y secundarias. Este artículo aspira a ampliar una literatura que es escasa en América Latina y donde prevalece en los ámbitos militar y de académicos dedicados a la defensa y estudios estratégicos un reduccionismo armamentista que tiende a limitar los debates en estos temas a la posesión de armamento.

**Palabras Claves:** Estados Unidos, poder militar, reduccionismo armamentista, control civil.

### RESUMO

O desempenho militar dos Estados Unidos nas últimas décadas revela um paradoxo entre sua extraordinária capacidade bélica e sua eficácia limitada em alcançar vitórias estratégicas. Embora suas forças armadas tenham demonstrado uma superioridade militar sem precedentes, conflitos como os do Vietnã, Iraque, Afeganistão e Irã mostram que o domínio militar não garante o cumprimento dos objetivos políticos que motivam o uso da força. O trabalho defende que essa lacuna entre capacidades militares e resultados políticos responde a variáveis que excedem o potencial armamentista. O artigo examina como variáveis organizacionais, culturais e formativas condicionam a interação entre a condução política e as Forças Armadas, dificultando tanto a definição de objetivos políticos quanto sua consecução por parte do instrumento militar. O caso analisado é o dos EUA, tanto por sua constante participação em conflitos armados quanto pela disponibilidade de fontes primárias e secundárias. Este artigo visa ampliar uma literatura que é escassa na América Latina e onde prevalece, nos âmbitos militar e acadêmico dedicados à defesa e aos estudos estratégicos, um reducionismo armamentista que tende a limitar os debates sobre esses temas à posse de armamento.

**Palavras-chave:** Estados Unidos, poder militar, reducionismo armamentista, controle civil.

Recebido em 28/05/2026. Aceito para publicação em 17/09/2026.